
VERÓNICA BENAVIDES. El problema de la creación del mundo. San Agustín en el siglo XIII. Ril editores, Santiago de Chile, 2015.

La autora se propone examinar la concepción agustiniana acerca de la creación y su recepción y elaboración en los fundadores de la escuela franciscana del siglo XIII, a saber, Alejandro de Hales y San Buenaventura. La obra se divide así claramente en dos partes, la primera de las cuales está dedicada al mismo obispo de Hipona, y la segunda a estos dos grandes seguidores escolásticos.

En la primera parte la obra comienza señalando las influencias filosóficas en la formación de la doctrina agustiniana de la creación, destacando el papel del neoplatonismo, por un lado, y la tradición cristiana, por el otro, representada esta última principalmente por las Sagradas Escrituras, San Ambrosio y San Basilio.

A continuación, entra a analizar los principales elementos doctrinales de la síntesis agustiniana. Un primer punto, de importancia fundamental, consiste en rechazar con argumentos filosóficos la tesis clásica del emanatismo, que sostiene que el mundo ha sido creado de la misma sustancia divina. Citando *Confesiones XIII, 33, 48: el mundo “ha sido creado por Él, pero no de Él”*, marca la diferencia esencial entre entender que Dios es la causa eficiente de todo lo que existe, y entender que su sustancia obra a modo de causa material de las cosas, con lo cual se afirmarí una suerte de homogeneidad entre Dios y el mundo, que resulta inaceptable. En otras palabras, la creación es una producción *ex nihilo*, lo cual indica que, contrariamente a toda otra forma de causalidad, no supone un material preexistente.

De esta primera tesis deduce la autora la necesidad de que el mundo haya tenido un comienzo temporal. De lo contrario, las cosas serían *coeternas* con Dios, lo que constituiría una incompatibilidad absoluta con su carácter creatural. Por supuesto, la afirmación del comienzo temporal del mundo no deja lugar a la pregunta con la que los maniqueos la objetaban, esto es: *si el mundo comenzó, ¿qué hacía Dios antes de su comienzo?*, ya que esta pregunta supone entender al tiempo como anterior a la existencia del mundo, cuando para San Agustín el tiempo mismo es parte de lo creado, es con-creado junto con el universo, y no tiene sentido imaginarlo antes de él.

El tema siguiente es el de las Ideas Divinas, cuestión en la que se observa cómo el obispo de Hipona asimila esta doctrina central de la

filosofía platónica, pero conciliándola con la perspectiva cristiana de la creación. El texto fundamental es el de la cuestión 46 del *De diversis quaestionibus* 83. La síntesis agustiniana se expresa en un *ejemplarismo* que pasará a ser tradición común de un gran número de autores escolásticos, no solo de la escuela franciscana, sino de círculos más amplios, que incluyen entre muchos otros a San Alberto Magno, Ulrico de Estrasburgo y Santo Tomás de Aquino.

La primera parte se cierra con un apartado sobre el concepto agustiniano de materia, que tiene su propia particularidad y no se identifica con la noción aristotélica homónima, y otro apartado sobre la simultaneidad de la creación y su despliegue temporal, en donde se incluye un interesante análisis del tema de las *rationes seminales*.

La segunda parte del trabajo se dedica a exponer la elaboración de la idea de creación por obra de Alejandro de Hales y de San Buenaventura. El primero de ellos es unánimemente considerado como el fundador de la escuela franciscana del siglo XIII. En él es clara y explícita la inspiración agustiniense al defender nociones como la expresada en la fórmula *creatio ex nihilo*, el comienzo temporal de la creación, las Ideas Divinas, las razones seminales y otras. Sin embargo, Alejandro no se limita a recibir y exponer las ideas de su maestro, sino que busca integrar también nociones recibidas de otras fuentes, especialmente de un aristotelismo mediatizado por la interpretación de Avicibrón. Es de esta integración que brotan sus características tesis sobre el hilemorfismo universal y el pluralismo de formas sustanciales, que serán retomadas y desarrolladas sobre todo por San Buenaventura.

En la exposición de la doctrina del Doctor Seráfico hay que tener especialmente en cuenta que para él la filosofía no puede ser autosuficiente: sin la ayuda y la orientación de la fe cae necesariamente en errores que le impiden llegar a verdades fundamentales, una de las cuales es, sin duda, la idea misma de creación. Es por esta razón que no es de extrañar que ni aún los mayores filósofos griegos llegaron al concepto preciso de producción total del ser o creación de la nada.

Ahora bien, una tesis clásica de San Buenaventura es que este mismo concepto exige necesariamente el comienzo temporal del mundo. En otras palabras, la idea de una creación *ab aeterno* es una contradicción en los términos. La autora hace una descripción detallada de los argumentos bonaventurianos a favor de esta

afirmación, pero sin hacer una evaluación crítica de los mismos y sin confrontarlos con las posturas opuestas que tuvo que enfrentar en su época, lo cual hubiera podido enriquecer al lector en el tema.

A continuación, el trabajo expone el desarrollo bonaventuriano de la doctrina del ejemplarismo, considerándolo como “una de las cumbres metafísicas” del agustinismo franciscano del siglo XIII, y subrayando que su aporte original consiste en precisar la relación que se da entre el ejemplar y lo ejemplado como una *semejanza de expresión*, o sea, un signo visible de la potencia creadora. Sigue luego un análisis detallado del concepto de materia, que se integra con su doctrina del hilemorfismo universal y se conecta también con la tesis de la pluralidad de formas sustanciales. Un lugar especial merece en este punto la idea de la luz como primera forma sustancial de los cuerpos, o *forma corporeitatis*, y la interpretación que hace el Doctor Seráfico acerca de la doctrina de las *rationes seminales*, así como también su posición acerca de la eficacia de las causas segundas.

En síntesis, se trata de un estudio prolijo y bien fundamentado del tema propuesto, apoyado en la lectura diligente no solo de las fuentes apropiadas, sino también de una muy amplia bibliografía.

HÉCTOR DELBOSCO